

Cuento presentado al concurso «Cuentos de Invierno»

Diciembre de 2004

**EL MOVIMIENTO DE LA MULA**, con su ritmo acompasado, acunaba la carreta y la inducía al sueño. Se durmió. El primer recuerdo era en blanco y negro. Negro del carbón que la redimía del frío en los inviernos eternos. Blanco de la nieve, tan familiar, que coronaba Peña Chana, majestuosa. Desde la cercanía del pueblo se ofrecía como un coloso tocado de blanco gorro. Más abajo castaños, rebollos y nogales campanado sobre encinas y urces, y aún más abajo en una leve terraza de la misma Peña, reposaba, en una quietud permanente, Becerril del Monte con su miseria, la más genuina miseria de un pueblo pobre, escondido de si mismo y del mundo, vuelto del revés por la historia y sus circunstancias. Aquí las pirámides, geográfica y humana, se igualaban: arriba se situaban lo sublime y hermoso para colocar en la base lo mas ruin y desmedrado.

El río, estrecho y tranquilo, lamía los pies de Peña Chana; su cauce, escoltado por chopos y alisos, discurría semiencajado, casi invisible. Se llegaba a él con facilidad, cuesta abajo. El regreso era agotador para las mujeres, que después de lavar la ropa en la reguera, subían cargadas con el agua para el consumo doméstico.

«Vete Trini, huye de la miseria y la muerte...», «... huye de la nieve y los lobos...»

—Madre, ¿que hay más allá del Abeseo?

—El mundo Trini, el futuro y la esperanza.

Trini reflexionó, y desde ese día colocó el mundo y el submundo uno al lado del otro, en el mismo plano, sólo separados por el fino y cuesto Abeseo flanqueado de castaños centenarios. A veces había llegado hasta allí, hasta los confines, hasta la misma línea afilada y tenebrosa que separaba los dos mundos, sus vivencias, sus costumbres. Había bebido en el canalón de la fuente un agua helada de corta vida. Miraba por el hueco que dejaban las hileras de castaños y nogales al otro lado de su mundo, con una mirada pasmada y nebulosa, sin perder de vista, con el rabillo de su pequeño ojo almendrado, las cabras que pastoreaba.

De regreso al pueblo, que sólo era visible al salir de la última revuelta del camino, Trini descubrió la otra línea, el hito que con el Abeseo acotaba un mundo bucólico y olvidado, Piedrafita. Una existencia de hombres rudos y montaraces en un pueblo cargado de historia y aferrado al monte en una simbiosis perfecta con él. Era el último, cerraba la comarca por el sur, después de Piedrafita se sucedían alternándose páramos, llanuras y la Meseta. Eran el Abeseo y Piedrafita los puntos límites, jalones de aquel microcosmos que Trini vivía o se inventaba.

Su casa era de piedra, rectangular, más profunda que ancha y de dos pisos. En el inferior, cuadra y pajar, estaban las vacas; en el superior sobrevivía la familia. La cocina y el horno —que sobresalía hacia afuera—, estaban separados del resto; una gran pieza solada con tableros de madera dividida en tres pequeños cuartuchos. Tejado de losa. Un corredor con balaustrada de madera al exterior, apuntalado sobre largas y sólidas columnas de roble que le daban a toda la amazacotada y torpe construcción un aire grácil y excelso, como de elevación.

Fué Trini la única hembra de cuatro hermanos, deudores todos ellos de un vientre materno siempre fértil que había perdido a uno antes de tenerla a ella. Eran tiempos duros donde una nueva boca que alimentar agrandaba el problema de la subsistencia. Tiempos especialmente difíciles para las hembras que, en las faenas del campo, eran inferiores al hombre.

«Vete Trini, huye de la miseria y la muerte...», «... huye de la nieve y los lobos...»

Al atardecer regresaban la vecera con sus vacas, los rebaños de ovejas y cabras conducidos por pastores y mastines. Aquel rebaño único y abigarrado se iba desgranando, el sólo, *motu proprio* —quién lo diría—, en otros grupos cada vez más reducidos a medida que llegaban a la altura de las cuadras o posesiones de sus dueños, internándose para ello en laberínticos y húmedos callejones hasta alcanzar el establo correspondiente. Para entrar les abrían las hojas y cuarterones de las puertas carretales y salían chirriando veloces y esquivas golondrinas. A esa hora algún mozo subía al campanario por la escalera exterior sin pasamanos, sepultando con sus pisotones las ortigas que crecían en las junturas de las pizarras. Tañía la campana pequeña con un ritmo cadencioso y amargo, monótono, de soledad y de tristeza. Aquella llamada al rosario, era el vestigio fosilizado del toque de oración.

La iglesia se parecía a una caja de zapatos, su mampostería estaba construida con grandes lajas de piedra mezclada de cantos rodados y pizarra, escorada como un barco que se hunde para salvar el pequeño desnivel donde se asienta. Dos pequeñas ventanas eran los únicos vanos que disponía. Tenía un soportal en la entrada, escalera y espadaña simple, con dos espacios iguales resueltos con arcos de medio punto, abiertos para dos campanas. Una procedía de Santiago de Compostela.

Trini ordeñaba las cabras en la cuadra. Aquella leche, con un corrusco de pan duro, sería el alimento base del almuerzo de cada mañana. Más tarde, casi anocheciendo, se juntaban los rapaces en la era para jugar al corro, a la taba con sus partes cóncavas y otras convexas, o a contar cuentos, relatos aprendidos con la celeridad del monte y el peligro al pastorear; historias de lobos rondando la carne de los inviernos, de monstruosas culebras, de raposas corzos y jabalíes. Eran felices. En Becerril no había escuela. Las fuerzas vivas se habían trocado en muertas, estériles. Hacía muchos años que el cura y el maestro se habían ido para siempre. Encantadas por el vertiginoso y dulce progreso, cultura y religión huían por ensalmo de aquellos agrestes parajes para concentrarse en los pueblos limítrofes. Mas tarde, éstos también las perdían a su vez, para de nuevo acapararlas otros centros aledaños, y así cultura y religión arrastradas por un torrente unívoco de desolación y tristeza, iban a desembocar en las acogedoras y hechizadas playas de la ciudad más cer-

cana. En el lance había ganado la urbe, con su vida y su encanto. La ciudad alfombrada de negro asfalto; decorada de modernidad, de prisas, de bullicio, y desigualdad.

Candiles de aceite y faroles de carburo o petróleo alumbraban su casa. Al calor de la lumbre cenaba toda la familia reunida. Trini, los hermanos y el padre, comían sentados a la mesa, Brígida de pie, cocinaba y servía caldo, tocino, castañas y patatas, con sus variantes y combinaciones internas. Francisco, el padre, calada la boina y con ceremoniosa dedicación, cortaba y repartía el pan negro y compacto de la hogaza con sus gastadas manos grandes, retorcidas y nervudas como sarmientos, moldeadas por la guerra, la emigración y la miseria.

Fuera, las estrellas ajenas al silencio, centelleaban como rescoldos. Bajaba desde Peña Chana el aullido triste y prolongado del lobo, que pasaba rodeando, acariciando casi, al pueblo por la vertiente norte; y llegaba hasta el río, donde moría absorbido por la frondosidad de los álamos.

La luz de la lumbre les arrancaba fantasmagóricas formas que proyectaba sobre la pared, moviéndolas de un lado a otro siguiendo un ritmo antojadizo que sólo obedecía al crepitar de la leña. Al principio, el silencio de la cena sólo era levemente desafinado por el ruido de las cucharas en el pote o la tartera. Del rojo vivo al amarillo limón, iban cambiando los colores de sus aberrantes y sufridas caras; a veces Trini se estremecía al ver la faz mudada de su madre Brígida. Era el puro miedo quien le atoraba la garganta, la contenía y le impedía gritar.

«Vete Trini, huye de la miseria y la muerte...», «... huye de la nieve y los lobos...»

Afuera se mezclaban los familiares ladridos graves de los mastínes con el aullido del lobo, amplificado ahora por el silencio de la noche. Las últimas tareas del día las realizaba a la lumbre: pelar castañas o desgranar matiz. Era entonces cuando sobrevenía el momento mágico del relato fabuloso. Los astutos y malvados lobos estaban siempre presentes en las historias de la noche.

Trini recordaba cuando el año pasado una manada de lobos atacó el rebaño de

Benjamín. Aquella tarde se reunió el concejo. Se reunía siempre al pie de la iglesia, llamado por el tañido de una sola campana que repiqueteaba aceleradamente al principio , para ir luego retardando el toque. A continuación se tocaba igual pero con la otra campana. También se reunía el concejo para apagar el fuego que invariablemente aparecía cada verano cerca del pueblo.

Pronto llegaba la hora de acostarse que no variaba mucho entre estaciones. Entonces era frecuente que entre las oraciones aprendidas y memorizadas, que Trini repetía, se colaran fragmentos de los relatos escuchados a su padre. Así aquella oración entreverada de fantasía pagana se tornaba materia prima para la formación de nuevos sueños, de nuevos miedos.

«Vete Trini, huye de la miseria y la muerte...», «... huye de la nieve y los lobos...»

\* \* \*

**EL ALBA LA ANUNCIABAN** además de los famélicos gallos picacagajones, las vacas con su nervioso rebullir. Emitían leves mugidos que traspasaban sin rozar siquiera el leve suelo de roble y llegaban al piso superior donde dormía la familia con la misma intensidad que habían salido de los animales. Brígida y Trini se encargaban del desayuno y del aseo diario de la casa, mientras los hombres preparaban el ganado y los aperos de labranza. Las labores del campo y de la recolección se repetían de forma cíclica: arado de la tierra, siega de la hierba, maja del pan, y en invierno matanza, vareo y recolección de nueces y castañas. La niña con el humilde rebaño de cabras, pues al ser menor de 14 años no podía pastorear la vecera. Vecera de vacas negruzcas «del país» escasas de carne y leche, vacas pensadas para gente pobre y hambrienta, usadas más para el trabajo diario. Uncían las dos vacas que tiraban del arado romano o del carro —también romano, anclado en el tiempo— de un único y chirriante eje, con ruedas y lanza de madera. Sólo la llanta, reforzada de hierro, no se rendía al desgaste del tiempo.

Y así pasaba cada día que con ser casi igual que el anterior, no se repetía. Trini pastoreaba lejos del pueblo, encontrándose allí con vecinos que realizaban las diferentes labores. Comía invariablemente un pedazo de pan negro con chorizo o tocino, bebía el agua naciente de las manantiales o la misma leche que podía extraer a las cabras, para cerrar siempre a los postres con nueces o castañas que había recogido por el camino.

Cómo le gustaba tumbarse sobre la hierba y mirar las algodonosas y cambiantes nubes. Las miraba fijamente, una a una, se abstraía y sacaba de cada nube una imaginada figura, caras, cabezas de animales, quiméricas aves,...

«Vete Trini, huye de la miseria y la muerte...», «... huye de la nieve y los lobos...»

Aprendía en el monte a hacer calceta, era una labor desmañada que hacía con lana desigual y puntos desparejados y heterogéneos. A veces cantaba o soñaba anhelando un dulce y nuevo renacer, un despertar que en aquellas tierras pastoriles y ganaderas se tornaba de pronto incierto y banal, sin horizontes para ella ni su familia.

Francisco el padre, lucía una nariz prominente que separaba dos pequeños y redondos ojos de un azul desvaído, como de ceniza o del color de la lluvia. Cubierto por una boina de paño negro, lucía un traje marrón de pana vieja y edad mineral, con remiendos de tela negra en las rodillas y coderas del mismo color. El pelo, ceniciento de senectud y silencio, cerraba en lo alto una cara triagular de asas elefantinas.

La dura necesidad que rayaba en la miseria le había llevado el mes de diciembre del año 23 a embarcarse en el puerto de Vigo. Sólo le acompañaban la incertidumbre y un baúl. Buscaba el paraíso pregonado o imaginado de la isla de Cuba, dejando aquí un hijo varón y permaneciendo en la isla por espacio de tres años y medio. A su regreso, sin presumir el futuro desgarrador que se avecinaba, compró fincas, prados, capitales enteros de vecinos que huían del hambre dirigiéndose a Madrid, Barcelona o Bilbao. Trabajador infatigable, protegió siempre a su hija de las adversidades presentes y las que estaban por llegar. La recta moral que le guiaba chocaba en exceso con los nuevos tiempos de libertad y progreso que emergían de un lodazal envenenado. Trini se educó en esa moral de rectitud, de obediencia sin concesiones.

Francisco les contaba a sus hijos, durante las noches tristes y largas de invierno, sus aventuras de Cuba: cortar caña a machete en Cienfuegos o Camaguey, transportarla en carretas tiradas de colosales bueyes, enormes como elefantes, bien alimentados. Les narraba la voracidad de los caimanes, la dificultad de su captura y su muerte. Las espectrales cuevas de caliza de Trinidad, o la bravura del mar al romper a lo largo del espigón del malecón de la Habana. Ninguno de sus hijos había visto nunca el mar. Tampoco Brígida.

**BRIGIDA IBA SIEMPRE** uniformada, de un negro riguroso, luto debido quizá a la muerte del padre, de una hermana o hermano caído en una de tantas guerras, de su madre o abuela o quizá de nadie y sólo lo hiciera por pura costumbre y facilidad. Un gran pañuelo negro le cubría siempre su cabeza pequeña. Su piel blanca contrastaba con la negritud de la vestimenta. Un esqueleto leve y reducido le daba una gran agilidad para toda clase de tareas, fueran propiamente domésticas o labores del campo. De niña, una enfermedad vino a dejarle el ojo izquierdo entornado, con un rictus de guiño permanente que, unido a su nariz ganchuda y pómulos sobresalientes, no la hacían excesivamente bella. Pero para compensar ese agravio, la naturaleza la doto de una extraordinaria fuerza y resistencia al cansancio, y la premio con el silencio del recato y la sabiduría.

—¡Trini, ya *vien* el *tamboriteiro* !, ¡Vamos al río a esperarlo!

—Si, vamos al río, ya se oye el sonido del tamboril.

Y Trini y los demás rapaces del pueblo, junto con los que habían subido de Columpo, antes de mudarse para la fiesta, bajaban a buscar al tamborilero que venía del pueblo de arriba cubierto por alisos y chopos, siguiendo la frondosa senda del río. Lo acompañaban hasta la plaza o la casa del alcalde. Era el día de la «Virgen de Agosto» y los vecinos se levantaban temprano, se aseaban despacio, a conciencia; se mudaban con sus mejores vestidos y acudían a la iglesia. Los cohetes, como truenos gordos, anunciaban con sus estallidos cada uno de los procesos con la precisión de un reloj. Antes de la misa una pro-

cesión recorría el pueblo, mientras las campanas repicaban sin parar. Al frente el Pendón, le seguía el Estandarte rodeado de faroles. Una pequeña talla de madera policromada de San Roque portada por hombres seguida de otra similar de la Virgen, orlada por un arco de rosas y llevada en andas por las mujeres. Así hasta realizar un círculo no muy extenso que rodeaba el pequeño pueblo. Después misa mayor. Un baile vermut sucedía a los oficios. Era la fase para el lucimiento del tamboritero, con su tamboril y dulzaina, de los más jóvenes, bailando al son de canciones pastoriles, serranas, pasodobles, ...Otros, en alguna bodega improvisada, bebían vino y cantaban canciones bercianas.

Aquel día se comía cordero. Era un banquete familiar con invitados de pueblos cercanos. Inolvidable para los niños. A la tarde se volvían a reunir las gentes para que los mozos y menos mozos jugaran a la llave, a la rana, a las cartas o a los bolos.

Los bolos eran de madera, del tamaño de una cuarta y se colocaban al tresbolillo sobre una lancha de piedra situada horizontalmente en el suelo. Cada tirador, siguiendo un turno establecido, golpeaba el conjunto con el chito. Ganaba el lanzador que hubiera lanzado los bolos, en mayor cantidad, lo más lejos posible. Casi siempre ganaban los forasteros. Los rapaces eran felices. Jugaban a la taba, al corro, a *pescarse*... o simplemente corrían riendo, era un día alegre y permisivo entre tantos de tristeza y amargura silvestre. Todo ese día y el siguiente, San Roque, Trini no hizo más que jugar y jugar....hasta caer vencida por un sueño profundo...

Un desvelado gallo cantó intuyendo el amanecer. La negrura de la noche comenzaba a aclararse. El cielo iba apareciendo desteñido. Trini comenzaba a desperazarse .

—¡Despierta Trini, despierta hija !. Te has quedado dormida al salir del pueblo Estabas hablando y riendo, estabas soñando. Hablabas dormida de la vecera, de la última fiesta...Han pasado tanto años. ¿Recuerdas? Todavía estaban con nosotros tus hermanos.

—¿Hemos cruzado ya el Abeseo, madre?

—Si, —respondió Brigida—,

Brígida miró a su hija con ojos vidriosos, escarchados, a punto de brotar unas lágrimas necesarias, se enjugó los ojos con la punta del mandil. La niña, ovillada en el se-  
rón de esparto, miró hacia atrás y descubrió el hito imaginario, la línea prohibida, el Abe-  
seo que, como un meridiano, dividía tan particularmente los dos mundos. Trini sintió un  
escalofrío, como una descarga eléctrica que recorría su espalda. Era una señal premoni-  
toria de la catarsis que se avecinaba. Atrás dejaba su infancia tan ligada al pueblo de Be-  
cerril del Monte. Ahora Trini lo abandonaba, pero el cordón umbilical que los unía seguía  
intacto, tanto que su primer sueño de adolescente fue dedicado a él.

—¿Dónde está padre?

—Pronto volverá. Sólo ha ido a dejar las llaves de la iglesia al alcalde de Co-  
lumpo. Los vecinos de este pueblo vivo velarán por el nuestro muerto.

—Madre, ¿Qué crece en los campos de un pueblo muerto?

—Crisantemos, hija, crisantemos amargos.

\* \* \*

Francisco, Brígida y Trini fueron los últimos habitantes que abandonaron Becerril  
del Monte.

Corría el año 1984 y las primeras nieves llegaban ya a Peña Chana.